

DE LOS SOBERANOS.

*Sermon para el Domingo de Ramos. Tom. X.**fol. 107.*

EL Príncipe no nació para sí solo, sino que es todo de sus vasallos: los pueblos quando le ensalzaron, le confiaron el poder y la autoridad, y en recompensa se reservaron sus cuidados, su tiempo y su vigilancia: no intentaron formarse un ídolo à quien adorar, sino un centinela que estuviere à su frente para protegerlos y ampararlos: los Príncipes no son como aquellas divinidades inútiles, que tienen ojos y no vén, lengua y no hablan, manos y no obran: son Dioses que los preceden para guiarlos y defenderlos: los pueblos por orden de Dios, los han hecho quanto son; y así, ellos deben ser lo que son solamente para los pueblos: la elección de la nación puso al principio el Cetro en manos de sus mayores, los levantó sobre el escudo militar, y los proclamó Soberanos: el Reyno se hizo despues patrimonio de sus sucesores; pero en el principio le debieron al libre consentimiento de sus vasallos: el nacimiento los ha puesto despues en posesion del Trono; pero en el principio los votos públicos fueron los que vincularon este derecho, y esta prerrogativa à su nacimiento: en una palabra, como la primera raíz de su autoridad dimana de nosotros, los Reyes solamente deben usar de ella en favor nuestro: los aduladores les estarán continuamente diciendo, que son Soberanos, y que à nadie son responsables de sus acciones: es verdad, que nadie tiene derecho para pedirles cuenta de ellas; pero deben darse esta cuenta à sí mismos: son Soberanos de sus vasallos; pero no tendrán mas que el título, si les faltan las virtudes correspondientes: todo les es per-

permitido; pero esta libertad mas es escollo de la autoridad, que privilegio de ella: pueden abandonar los cuidados del Reyno; pero en este caso serían como aquellos Reyes despreciables, que tan deshonorados se hallan en nuestras historias; y si no desempeñan las augustas funciones de su dignidad, no tendrán mas que el vano título de Reyes.

*Oracion fúnebre del Serenísimo Delphin. Tom. VIII.**fol. 124.*

EL mayor elogio de un Príncipe es el ser justo; y el corazon no dá mas alabanzas que las que se grangea la bondad: el valor solo podrá hacer famoso al Soberano; pero solamente su bondad podrá hacer felices à sus pueblos. Con las victorias no consigue mas que respetos; pero con la bondad gana los corazones: el ser conquistador es bien propio suyo; pero el ser bueno es bien propio nuestro; y nunca se estenderá à mucho la gloria de las armas, si el amor de los pueblos no la hace immortal.

*Sermon para el Domingo de Ramos. Tom. X.**fol. 109.*

UN Príncipe, establecido para gobernar à los hombres, debe conocerlos: la elección de sujetos es la principal raíz de la felicidad pública; y para elegirlos es necesario conocerlos: en un estado en que el Príncipe no juzga por sí mismo, nada está en su lugar: el mérito se halla despreciado, porque éste, ó es demasiado modesto para manifestarse, ó demasiado noble para deber su elevacion à las instancias y vilezas: el engaño arrinconna à los mayores talentos: unos hombres superficiales, y de cortos alcances, se elevan à los primeros puestos, y los mas dignos vasallos quedan inútiles.

Ora-

*Oracion fúnebre de Luis el Grande. Tom. VIII.
fol. 158.*

LA unción santa que se derrama sobre los Reyes, consagra su carácter, y santifica para siempre sus personas: la estension de su obligacion corresponde à la de su poder: el Cetro mas es señal de sus cuidados y servidumbre, que de su autoridad: solamente son Reyes para ser padres y pastores de los pueblos: no nacieron para sí solos; y las virtudes particulares, que en un vasallo pueden bastar para asegurarle su salvacion, suelen convertirse en vicios en los Soberanos.

*Sermon para el Domingo de Ramos. Tom. X.
fol. 119.*

NO hay prenda mas estimable en un Soberano que querer ser desengañado, y tener valor para confesar el mismo su engaño: el creer que nunca puede engañarse es efecto de una bárbara soberbia; y es flaqueza el no atreverse à volver à atrás, quando ha llegado à conocer que vá descaminado: las variaciones que nos guian à la verdad, confirman la autoridad en vez de debilitarla: el salir del engaño no es contradecirse: no es dar à entender à los pueblos la inconstancia del gobierno, sino manifestar su equidad y rectitud. No se debe temer que respeten menos al poder porque confiesa su error, y se condena à sí mismo: su respeto solamente se debilita para con aquella autoridad que, ò no conoce el error, ò quiere justificarle: mas gloria resulta de confesar el engaño, que de no haber sido engañado: no hay cosa mas gloriosa para un Soberano, que de nadie depende, que el querer depender siempre de la verdad.

Ser-

*Sermon para el dia de la Purificacion.
Tom. X. fol. 7.*

QUÉ desgracia quando un Soberano, no contento con entregarse al desórden, parece que le consagra con las gracias con que honra à los que son, ò sus imitadores, ò sus infames Ministros!; Qué oprobio para un Imperio!; Qué indecencia para la Magestad del Gobierno!; Qué desaliento para una nacion y para los vasallos hábiles y virtuosos, à quienes priva de las gracias destinadas à sus talentos, y à sus servicios!; Qué descrédito, y qué infamia para el Príncipe en la opinion de las Cortes estrangeras!; Qué diluvio de males no se originan de esto para el pueblo! Los puestos se hallan ocupados por unos hombres corrompidos: las pasiones, que siempre debieran ser castigadas con el desprecio, sirven de camino à los honores, y à la elevacion: la autoridad establecida para mantener el buen órden y rectitud de las leyes, se merece por medio de los excesos que las quebrantan: se corrompe la raíz de las costumbres: los Astros, que nos habian de manifestar los caminos, se mudan en fuegos errantes que nos extravían: la cautela, de la que siempre se ha mostrado tan zeloso aun el mismo vicio, se desprecia como costumbre antigua, y propia solamente de la gravedad del tiempo de nuestros padres: el desórden se halla libre hasta de la molestia de los respetos humanos; y la moderacion en el vicio se hace casi ridícula como la misma virtud.

Ser-

*Sermon para el Domingo de Ramos. Tom. X.
fol. 212.*

NO hay necesidad de que los Soberanos tomen sobre sí una multitud de cuidados inútiles : juzgan que están obligados à verlo todo con sus ojos , y tocarlo todo con sus manos : suelen no hacer caso de los mas graves negocios , quando al mismo tiempo los objetos mas leves despiertan su atencion y su zelo : tienen los cuidados de un hombre particular , y abandonan los de un hombre público ; siendo así que no deben abandonar el timon para entregarse à unas funciones de poco momento , y que no interesan la pública seguridad : sus manos , primeramente están destinadas à manejar aquellas principales ruedas del Estado que dán movimiento à toda la máquina : en la conducta de los Grandes todo debe ser grande.

*Sermon para el dia de la Encarnacion. Tom. X.
fol. 87.*

NI las inscripciones , ni las estatuas son las que immortalizan à los Príncipes ; éstas , tarde ò temprano llegan à ser triste juguete del tiempo , y de la inconstancia de las cosas humanas : por mas que Roma y Grecia multiplicaron infinitamente en otro tiempo las imágenes de sus Reyes y Césares , y agotaron todo el primor del arte para hacerlas mas estimadas de los siglos futuros , apenas ha llegado hasta nosotros uno de estos monumentos : lo que solamente se escribe sobre el marmol ò el bronce presto se borra ; pero lo que se escribe en los corazones permanece siempre.

Ser-

*Sermon para el dia de la Purificacion. Tom. X.
fol. 7.*

QUando en un Soberano ocupa la justicia el lugar de las pasiones , ¿ qué felicidad ésta para los pueblos ! Entonces la virtud es quien recibe las gracias , y quien las distribuye : los honores ván à buscar al hombre sábio que los merece , y huye de ellos ; y se apartan del hombre que está vendido à la iniquidad , y que los apetece. Los ministerios públicos solamente se confian à los que viven entregados al bien público : el crédito ni los ardidés de nada sirven : el mérito y los servicios no necesitan de recomendacion : el gusto del Soberano no decide de sus liberalidades : nada le parece digno de recompensa en sus vasallos , mas que los talentos útiles à la patria : los favores preceden siempre al mérito , ò le siguen inmediatamente : no hay otros mal contentos en el Estado sino los hombres ociosos é inútiles : la pereza , y la falta de mérito son únicamente las que murmuran contra la prudencia y equidad de las elecciones : se manifiestan los talentos por medio de las recompensas que los esperan. Todos procuran ser útiles al público : toda la habilidad de la ambicion se reduce à hacerse digna de los puestos à que aspira ; y aunque el deseo de agradar pueda formar hipócritas , además de que la máscara se cae tarde ò temprano , y que la hipocresía siempre se hace traicion à sí misma por alguna parte , à lo menos el vicio tributa este respeto à la virtud , honrandose con sus apariencias.

Tom. XI.

Gg

Ser-

*Sermon para el dia de la Encarnacion. Tom. X.
fol. 86.*

UN Príncipe que no ha buscado su gloria sino en la felicidad de sus vasallos, que ha preferido la paz y la tranquilidad, que son las que únicamente pueden hacerlos dichosos, à las victorias que hubieran sido para él solo, y que no hubieran tenido mas provecho que lisongear su vanidad: un Príncipe que se ha mirado siempre como protector de sus pueblos, que ha vivido persuadido à que sus mas preciosos tesoros eran los corazones de sus vasallos: un Príncipe, que con la sabiduría de sus leyes y exemplos ha desterrado de sus Estados los desordenes, ha corregido los abusos, ha conservado la buena armonía de las públicas costumbres, ha mantenido à cada uno en su lugar, ha reprimido el luxo y la libertad, mas funestas siempre à los Imperios, que las guerras, y las mas tristes calamidades: que ha restituido al culto y à la religion de sus padres la autoridad, el resplandor, la magestad y la uniformidad que perpetúan el respeto entre los pueblos: que ha mirado à sus vasallos como à sus propios hijos, y à su reyno como à su familia; y que solamente ha empleado su poder en bien de aquellos que se le habian confiado: un Príncipe de estas prendas siempre será grande, porque lo es en los corazones de los pueblos: los padres contarán à sus hijos la felicidad que tubieron de vivir baxo el dominio de tan buen Príncipe: éstos lo repetirán à sus nietos; y conservandose esta memoria en cada familia de edad en edad, será como un monumento doméstico, levantado dentro del recinto de las paredes paternas, que perpetuará la memoria de tan buen Rey en todos los siglos.

*Oracion fúnebre del Serenísimo Delphin. Tom. VIII.
fol. 126.*

Siempre ha sido distintivo de nuestra nacion el amar à sus Príncipes: una sola mirada de éstos la cuenta por un singular beneficio; y aun en el tiempo de sus mas tristes miserias la basta levantar los ojos à sus Soberanos, para no sentir el dolor de sus heridas; y olvidarse inmediatamente de sus desgracias y penas.

*Sermon para el dia de la Encarnacion. Tom. X.
fol. 88.*

LA verdadera grandeza de los Soberanos se debe buscar en los siglos siguientes à aquel en que ellos vivieron: quando su fama se ha fundado en el amor de los pueblos, quanto mas tiempo pasa, mas crece y se asegura: à uno de nuestros mas valerosos Reyes se le disputan aun el dia de oy los magníficos elogios que le dió su siglo à porfia; y à pesar de la gloria de Marignan, se duda si por su valor debe ser contado entre los grandes Reyes, que aunque no han tenido todos aquellos talentos brillantes que forman à los héroes, han tenido mas virtudes pacíficas, que son las que constituyen los buenos Reyes: su predecesor será siempre grande en nuestras Historias, porque siempre será amado de la nacion, cuyo padre fue: ningun caso debe hacerse de los elogios que se tributan à los Soberanos durante su vida, sino se repiten en los reynados siguientes: la posteridad, siempre equitativa, ò los degrada de una gloria que solamente debieron à su poder y à su clase, ò les conserva la fama que debieron mas à su virtud, que à su poder.

*Sermon para el IV. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 76.*

QUÉ felicidad para un Soberano el mirar à su reyno como su propia familia , y à sus vasallos como à sus hijos : el saber que es mas dueño de sus corazones que de sus personas y bienes : el vér, por decirlo así, ratificar cada día la eleccion que hizo la nacion quando puso à sus progenitores en el Trono : La gloria de las conquistas y triunfos tiene cosa que iguale à este placer ; Ah ! Si los hombres se hubieran de elegir Soberanos , no escogerian ni los mas nobles , ni los mas valientes , sino los mas humanos y compasivos ; unos Soberanos que fuesen al mismo tiempo sus padres.

*Sermon para el dia de la Encarnacion. Tom. X.
fol. 86.*

UN Príncipe que no tenga mas virtudes que las militares , no puede estar seguro de que será grande en la posteridad : éste solamente trabaja para sí , y nada hace à favor de sus pueblos : los pueblos son los que aseguran siempre la gloria y la grandeza del Soberano : será mirado como Conquistador ; pero nunca será tenido por gran Rey : habrá ganado batallas ; pero no habrá ganado los corazones de sus vasallos : habrá conquistado Provincias estrangeras ; pero habrá tambien arruinado las suyas : en una palabra , habrá sabido ganar exércitos ; pero no habrá sabido gobernar sus pueblos.

*Sermon para el III. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 52.*

EL vivir solamente para sí mismo no es reynar : los Reyes no son mas que conductores de sus pueblos : es verdad que adquieren este nombre y este título por su nacimiento ; pero solamente le merecen con sus cuidados y su aplicacion ; y así , los reynados ociosos forman un vacío despreciable en nuestros annales : éstos no se han dignado , ni aun de contar los años de éstos Reyes inútiles : parece que no habiendo reynado por sí mismos , tampoco han vivido. Su reynado fue un caos , que aun el día de oy cuesta trabajo examinar : en vez de servir de adorno à nuestras historias , solo sirven de obscurecerlas y ofuscarlas : mas conocidos son por los grandes hombres que vivieron en su tiempo , que por sí mismos.

*Sermon para el IV. Domingo de Quaresma. Tom. X.
fol. 75.*

NI la clase , ni los títulos , ni el poder hacen amables à los Soberanos : tampoco los hacen amables los grandes talentos que admira el mundo : el valor , la grandeza de ánimo , el arte de gobernar los genios y los pueblos , estas grandes prendas en tanto los hacen amados de sus vasallos , en quanto se muestran afales y benéficos : el amor de los pueblos ha sido siempre la gloria mas verdadera y menos equívoca de los Soberanos ; y los pueblos nunca aman en ellos mas que las virtudes que hacen feliz su reynado.

*Oracion fúnebre de Madama la Duquesa de Orleans.
Tom. VIII. fol. 184.*

LOS sentimientos de la naturaleza las mas veces suelen perder su derecho en el corazon de los Príncipes: como se hallan tan superiores à nosotros, les parece cosa indigna el pensar y sentir como nosotros: como nacen dueños de los hombres, no quieren parecerse à ellos, ni aun en la humanidad: aunque por su nacimiento se hallan destinados á ser padres de los pueblos, suelen algunos avergonzarse de este amoroso título, aun respecto de sus propios hijos.

¿Puede haber gloria mas pura, ni de mayor consuelo para los Príncipes, que la de reynar en los corazones? La gloria de las conquistas siempre está teñida de sangre: para llegar à ella es necesario caminar por entre la carnicería y la muerte, y hacer à muchos infelices para conseguirla: el aparato que la rodea es funesto y lúgubre; y muchas veces el mismo Conquistador, si es humano, derrama lágrimas por sus propias victorias; pero la gloria de ser amado de su pueblo, y de hacerle feliz, está rodeada de alegría y abundancia: para immortalizarle no hay necesidad de levantar estatuas, ni soberbias columnas: esta misma gloria le levanta en el corazon de cada vasallo un monumento mas durable que el bronce; porque el amor, que es quien le fabrica, es mas fuerte que la muerte: el título de Conquistador solamente está escrito sobre mármol; pero el de padre de los pueblos está gravado en los corazones.

DE

DE LA CORTE.

*Oracion fúnebre del Serenísimo Delphin. Tom. VIII.
fol. 127.*

LA corte es una mansion en donde parece que se reunen todas las pasiones para luchar unas con otras, y destruirse: en ellas los odios y las amistades se mudan continuamente con los intereses: nada hay en ellas perpetuo y permanente, sino el deseo de ofenderse: se abandonan hasta los mismos vinculos de la sangre, à no ser que estén atados con unos lazos comunes: todos parece que están de acuerdo en que la buena fé no es virtud, y que la amistad es una pura ceremonia: en ella, el arte de armarse lazos à nadie deshonra, sino al que no consigue su intento: finalmente, hasta la misma virtud, que las mas veces es falsa, es mas de temer que el vicio: muchas veces se cubren con apariencias de religion las emboscadas que se preparan: suelen aparentarse exterioridades de piedad, para reservar mas seguramente el corazon à las amarguras de la envidia, y al insaciable deseo de la fortuna; y como en aquel Templo de Babilonia, en público todo parece que es para la Divinidad; y en secreto, entran por unos caminos subterráneos à cogerlo todo para sí.

*Oracion fúnebre de Madama la Duquesa de Orleans.
Tom. VIII. fol. 192.*

LAS cortes son una continua borrasca: en ellas los intereses deciden siempre de los afectos; y como continuamente se están mudando los intereses, los afectos casi no conocen duracion: en ellas todo está cubierto de nubes: los días nunca se parecen unos à